



Desmenuzando unos textos empapados de vida

La liturgia de la Palabra de este domingo se abre con un anuncio de júbilo: **“Festejad a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis. Alegraos de su alegría los que por ella llevasteis luto”**

Hermosas palabras las que se proclaman en esta celebración. Tienen sabor a gozoso amanecer, cuando el cielo, aún somnoliento, se despereza en tonos suaves de rosa. La oscuridad retrocede poco a poco mientras la luz se desliza por el horizonte, pintando las sombras con promesas nuevas.

Fueron pronunciadas por el profeta Isaías (66,10) y se hacen, a través del tiempo, invitación a una **alegría profunda y compartida**, nacida no de la abundancia material, sino del **consuelo que Dios derrama sobre su pueblo**.

El consuelo como don divino

Brota, como preciosos torrente, de lo que **Dios hace fluir**: *“Haré derivar hacia ella la paz como un río...”* (Is 66,12) Dios no da migajas, sino **torrentes de ternura, abundancia de vida**. Jerusalén, símbolo del pueblo de Dios, es transformada en madre fecunda, en seno que nutre y acaricia. Esta imagen materna que nos brinda la palabra santa, revela un Dios que **abrazo, alimenta y consuela** como una madre a su hijo.

Jerusalén, símbolo de la comunidad creyente, ha pasado por el luto y por la ruina. Pero ahora, como una madre restaurada, vuelve a ser fuente de vida y esperanza.

Del luto a la alegría

Quienes lloraron por ella, quienes sufrieron su

caída y su silencio, son ahora los primeros llamados a animarse. No es un gozo superficial: es lo que nace **después del dolor**, cuando se experimenta que Dios no ha olvidado, y que su promesa sigue viva.



Una alegría compartida

El texto no dice “alegraos solos”, sino **“gozad con ella”**. La alegría del pueblo restaurado es **comunitaria**, se celebra en plural. Es una fiesta de reconciliación, de reencuentro, de vida que vuelve a brotar y que nos recuerdan que **Dios no abandona a los que sufren**, y que su aliento es tan generoso como un río que desborda.

Estas palabras del profeta no son una mera memoria del pasado. Es una llamada para:

- Amar a la Iglesia incluso cuando parece herida o débil.
- Permanecer fieles en el dolor, sabiendo que Dios no olvida.
- Alegrarnos con los que se alegran, sin envidia ni distancia.
- Esperar activamente en el mañana que Dios promete.
- No olvidar que tiene, tenemos, la misión de anunciar este reino a través del tiempo. ¿Cómo hacerlo?

Mostrar que Dios está cerca

- Hacer sentir a los demás que Dios no es una idea lejana, sino una presencia viva que acompaña.
- Ser testigos de su cercanía y misericordia, especialmente con los que sufren.

Anunciar con sencillez y mansedumbre

El Papa Francisco insiste: **“El estilo es esencial en el testimonio: como corderos en medio de lobos”**.

No se trata de imponer, sino de proponer con humildad. El anuncio nace del encuentro personal con Cristo, no de técnicas de persuasión.



Sentido de comunidad

Jesús envió a sus discípulos de dos en dos (Lc 10,1). El Reino se anuncia en comunidad, no en solitario. La fraternidad, la escucha y el servicio mutuo son signos visibles de su presencia. Más que discursos, el mundo necesita testigos creíbles:

- Personas que perdonan, que sirven, que aman sin esperar nada.
- Que viven con alegría, incluso en medio de la dificultad.

Anunciar el Reino es **ser buena noticia** para los demás, y esto es lo que nos lleva a pedir:



**Señor Jesús,
Tú sembraste el Reino
con palabras de esperanza,
con manos que sanaban,
con pasos que buscaban a los olvidados.
Haznos hoy semilla de tu Reino:
que en lo pequeño y sencillo
brote tu justicia, tu alegría, tu paz.
Que donde haya oscuridad,
yo encienda la luz de tu amor.
Y que nunca me canse de sembrar,
sabiendo que Tú haces crecer.**



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 65, 1-3a. 4-5. 16 y 20

Aclamad al Señor, tierra entera; tocad en honor de su nombre; cantad himnos a su gloria; decid a Dios: «¡Qué temibles son tus obras!»
Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre.
Venid a ver las obras de Dios, sus temibles proezas en favor de los hombres. Transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río.
Alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna eternamente. Fieles de Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo.
Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica, ni me retiró su favor.

Un himno de alabanza entre la historia y el corazón

EL Salmo 65/66 se eleva como un canto de gratitud y asombro, ante la poderosa intervención de Dios. Nos invita a contemplar su acción, tanto en la historia del pueblo de Israel como en la intimidad del alma creyente, recordándonos que Dios actúa no solo en los grandes acontecimientos, sino también en el susurro cotidiano del corazón.

A través de esta plegaria, se nos propone un auténtico itinerario espiritual:

1. "Aclamad al Señor, tierra entera..."

Señor, hoy me uno a toda la creación

en un canto de alegría.

Despierta en mí la alegría serena

que brota de saberse profundamente amado por Ti.

2. "Venid a ver las obras de Dios..."

La creación me habla de tu ternura,

la historia proclama tu fidelidad.

Enséñame a reconocerte en lo sencillo:

en ese instante que parece mínimo

pero lleva tu huella.

3. "Contaré lo que ha hecho conmigo..."

Dios mío, no quiero callar tu bondad.

Dame la sencillez y el valor

para compartir cómo obras en mi vida,

para que otros descubran

que también Tú caminas con ellos.

4. "No rechazó mi súplica, ni me retiró su favor..."

Gracias, Señor, porque siempre me escuchas,

incluso cuando el silencio parece prolongarse.

Tu misericordia me rodea

como un abrazo incansable.

5. En la serenidad del corazón...

Padre bueno, gracias por esta pausa a tu lado,

por recordarme que estás en la historia del mundo

y en la historia de mi alma.

Haz que mi vida entera

sea un eco constante de tu alabanza.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Sancta Ovetensis

DOMINGO XIV "C"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Isaías 66, 10-14c

Festejad a Jerusalén, gozad con ella, todos los que la amáis; alegraos de su alegría, los que por ella llevasteis luto; mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos, y apuraréis las delicias de sus ubres abundantes. Porque así dice el Señor: «Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz...Al verlo, se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos florecerán como un prado, se manifestará a sus siervos la mano del Señor.

Lucas 10, 1-9

El Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os envió como corderos en medio de lobos. Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: "El reino de Dios ha llegado a vosotros".